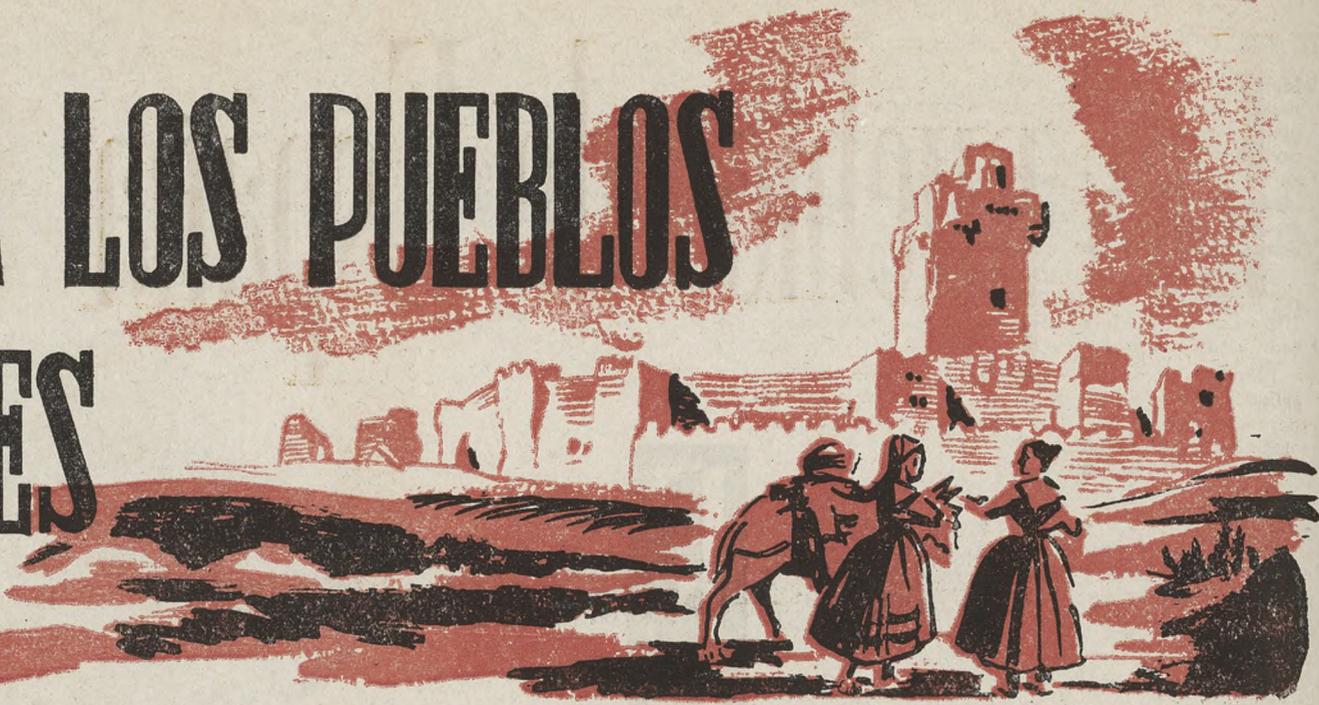


VUELTA A LOS PUEBLOS SIN DUQUES

Gabriel
51



POR JOSE ANTONIO TORREBLANCA



El único recuerdo que sirve para dar unidad a los lugares, villas y pequeñas ciudades de España donde ha latido nuestro corazón, es aquella sensación radicalmente nacida de nuestros primeros pasos por su soledad casi inhumana. Yo he procurado siempre no dejarme traspasar en los pueblos españoles por ninguna impresión que no fuese espontánea y personalmente destinada a mí, de modo que cualquier infiltración azoriniana en estas notas queda de antemano recusada como elemento extraño a la sinceridad con que deben ser ordenadas y escritas. La soledad que los pueblos me han metido desde chico en la sangre, nada tiene que ver con «la pura pena de no saber por qué». Es una soledad con nombre propio, con irrecusables piezas de convicción, con etiología terminante.

España se ofrece en sus pueblos con una desnudez tan descarnada, tan anatómica, que cualquier forma literariamente pura de retorno a ellos clama en lo hondo como una frivolidad imperdonable. No están solos porque así los hicieron, ni porque fueran previamente dispuestos para dar posada a la soledad, sino porque los dejaron solos. Los «superbi colli» derribados, las tristes ruinas y antiguallas de la elegía de Cristóbal de Mesa como elementos de esa impasible viuda que es la Arqueología, no inducen a la tristeza, pues son material inventariable y así se justifican. Los hombres, sí. Pero la tristeza que los hombres en general deben producir a la contemplación inteligente de sus desventuras, no puede quedar nunca en la simple melancolía. Acaso tampoco sea discreto llevar esa tristeza al dominio de la Sociología, ciencia triste sin remedio. A los pueblos de España es preciso, en fin, volver como los hidalgos de antaño a sus palomares derribados: con la frente dañada de «fumo di fidalgo», con el roto de la capa disimulado bajo el codo y con la secreta esperanza de que entre sus ruinas nos salga todavía un palomino final, el del último caldo de la última calentura de nuestra vejez.

A Medina del Campo llegué desde la estación después de medianoche, con grandes y numerosas estrellas en lo alto, que me alumbraban el perfil de las torres. Iba sólo y no podía oír ni mis propios pasos, porque era tiempo de la trilla del trigo y el polvo candéal de las espigas cubría la tierra. Se andaba así como pisando nubes. Los pies iban en una oscura levitación y parecía mentira que el romance, inevitable, del «Caballero de Olmedo»—«sombras le decían...»—se hiciera tan digno de consideración en aquella entrada hermosísima, tan absolutamente incógnita, pues era la entrada posesoria en la capital de mi jurisdicción.

Ni un ladrido. Estaba cortada por las economías de electricidad la corriente de los saltos del Duero, y la oscuridad era maciza, de una densidad prehistórica. Al traspasar los primeros portales noté el vahogitibio de

las bestias cansadas. Un mantillo de estiércol y de paja molida alfombraba los guijarros y olía a pan frío de la alacena.

La plaza, en sombras, era enorme, montañosa, inurbana, como el piso de un castro armado en pleno cerro. Llamé a las puertas, di voces y di palmadas. Luego acudió un sereno, todavía dormido, y me dijo que a esa hora no había fonda. En voz baja le dije, para no asustarme de mi propia claudicación:

—Soy el Juez de Primera Instancia e Instrucción.

Pero el sereno me vió solo, espigado en la oscuridad, sin el brillo de la placa ni las reglamentarias borlas, y no se lo creyó. Fuí a gritar con voz feudal:

—¡Soy el señor Juez de Primera Instancia e Instrucción!

Pero la sensación de soledad se volvió grotesca ante aquel labriego escéptico que me pedía las credenciales, y el grito se me ahogó como un sollozo.

Tuve, al fin, posada de peregrino, o, más exactamente, de viajante. Y a la mañana siguiente, cuando tuve que buscar afanosamente a la autoridad gubernativa para que me presentara sus excusas, comprendí que yo no podría ser nunca en Medina del Campo el sustituto de sus duques ausentes. Estaba, en cierto modo, dentro de mis facultades jurisdiccionales encarcelar terratenientes, fulminar la ruina sobre los aparceros, mover desde lejos, con una providencia, el collarín del verdugo de Valladolid. Pero nadie pensaba que yo hiciera oficio de duque, porque la concepción del mundo y de sus jerarquías que en un pueblo español pasa ya con la leche materna por el gáznate de los niños, alimenta esta certidumbre colosal: Hijo mío, todos los que vienen a mandarte sin corona, sin rebaño hereditario y sin capellán propio, son funcionarios de Hacienda. Ausente el duque, mandan sus pecheros.

Piedrahita es una villa redonda, labrada de un berrocal plateado que los inviernos oxidaron. Tiene a sus muertos puestos en las ruinas del convento de dominicos donde estuvo Melchor Cano y conserva, restaurado con un cierto criterio republicano y funcionalista, un palacio neoclásico que Jaime Marquet le hizo al Duque de Alba, uno de los Fadriques, creo que el amigo de Juan Jacobo Rousseau. En su parque, inmenso, con barranco propio, nacen todavía rosas terreras, muy finas pero tímidas como lagartijas, de los mismos rosales que hicieron guinaldas a la Duquesa Cayetana, última verdadera de los Alvarez de Toledo, que dejó de aparecer por allí algo antes de la invasión de los franceses.

Los nietos de los colonos de Alba, pasados por el tierno liberalismo del señor don José de Somoza, que cantaba en el mismo tono a las oropéndolas de la Pesqueruela y al sufragio universal, eran decentes, corteses, no amenos pero sí atentos y reverenciales en la conversación. Como Piedrahita había sido capital ac-

tiva de Valdecorneja, que era el señorío de los Alba, y allí nació don Hernando, el temor de Flandes y conquistador de Portugal, el hueco de la ausencia, ya eterna, de sus duques, les tenía literalmente comido medio lado a los labradores, ganaderos y pequeños banqueros de la villa.

Ellos tenían la trucha pronta, el jamón dadivoso y el puesto en el ojeo ritualmente reservado al señor Juez. Pero el alma se les iba tras sus alcabalas. Me dieron una copiativa de una villa de Torremolinos, con su fresquedal orientado al Norte, de donde en invierno soplaban el aire a razón de 12 grados bajo cero, y las pulmonías me mataban a la familia. Doña Dorotea, rica, casi anciana, soltera y piadosísima, me miraba desde sus balcones untados en sol de mediodía, y me brindaba con una sonrisa de caridad muy gentil aquel consuelo de sus huesos y de mis bronquitis en el tremendo invierno de Piedrahita.

Pero Doña Dorotea quería desahuciar con desafuero a uno de sus arrendatarios y había recurrido a mí por los trámites legales para que hiciera de duque y le diese amparo. No era posible, pues, pedir a doña Dorotea el sol de sus balcones. Desde los míos, en sombra helada a todas las horas, le sonreía toda mi familia, rogábale que nos encomendase en sus cirios de dos libras y habituales devociones. Y cuando por inesperada circunstancia quedó libre el piso más soleado de la casona de doña Dorotea yo fui a pedirselo en alquiler, que era como comprarle el sol, y ella me pidió a toma y daca el desahucio de su colono, que era como pedirme la conciencia. Le besé la mano, porque ya era vieja la señora, y me fui a la sombra. Desde ella hice justicia apreté más mi catarro y me quedé sordo, y doña Dorotea conservó su sonrisa al sol del balcón, como un geranio, pensando que el Duque estaba lejos y no había lugar a más contemplaciones.

A Pedraza llegué en el burro con que el cartero sube las valijas y el turismo desde La Velilla. Pedraza, en lo alto, cortada a cercén entre los jarales, se presentó de golpe con su única puerta de villa y tierra, sin opción. Había que pasar por el arco de muralla, o ponerle sitio. Una moza que subía el cántaro rezumándole fresco en la cadera, me lo dijo, porque el cartero hacía oficio de arqueólogo y posadero, y yo prefería los informes de la moza. A las siete de la tarde, en pleno verano, con el sol de las eras alto como para segar todavía cien gambullos, Pedraza tenía una soledad lunar. Por las puertas de las casonas con labras heráldicas en que aun navegan las barcas de los montañeses de Fernán González, asomaban el belfo los borregos. No había niños jugando en los guijarros bruñidos de las calles, ni castellanas en los balcones esquineros de una belleza sobrecogedora.

Pedraza tenía cuarenta pegujaleros en cuarenta pa-

lacios y todo aquel patetismo militar de roca inexpugnable, de barbacana villana y absolutamente inútil, metía unas ganas de llorar que estaban fuera de toda predisposición literaria. El castillo, cerrado y estropeado en su torre por la real gana patrimonial del pintor Zuloaga, que santa Gloria tenga, sólo dejaba ver de lejos su corpulencia estéril, y de cerca la ferralla de los pinchos donde ya sólo se quedaba clavado el viento sitiador.

Todo parecía en Pedraza desmilitarizado por una guerra lejana, villa de madres llorosas sobre las cartas de Ultramar, viuda de sus mozos, con el duque ausente y toda su mesnada en irremediable destierro.

Llegué a la fonda de Pepota, una hermosura de posadera, y le dije que yo andaba por tierras de Segovia pero con la desventurada condición de no probar la carne de cordero porque me daba alergia de bufanda. Y ella me sonrió y me dijo:

—Vaya lavándose y no se apure. Cenará usted ternera buena de Navafría.

Cené de aquella carne que imaginé hecha con los lecheros de los pinares, y al terminar recibí de Pepota el buen provecho y esta confesión paladina:

—¿Estaba rica la ternera? Pues es cordero, ea. En Pedraza la carne sabe a lo que nosotros queremos.

En Peñaranda de Duero entré por una calle medieval tan intacta, que daba escalofrío torcer la esquina y poder encontrarse con la noticia del destierro del Cid. Iba un señor maduro, con sombrero y bicicleta, y me informó que el castillo y el palacio—una maravilla imperial y granadí en ruinas—eran suyos. Estaba ya liando un cigarro cuando, apoyando la bicicleta contra el varal de un carro, me dijo que andaba en tratos para vender aquellas piedras al Estado en sesenta mil duros. Yo callaba, mirándole, mientras pensaba por qué laberintos han andado los atributos de los duques para venir a manos del Gran Duque de nuestro tiempo, que es el Estado, después de pasar por la pequeña burguesía desamortizadora, por los pequeños titulares registrables de las torres, las abadías, los latifundios y las libertades provisionales del Hombre y el Ciudadano. El socialismo muerde el anca del feudalismo.

Pero aquel propietario fabuloso era campechano y quiso informarme llanamente ante un vaso de vino. Me llevó a su casa. Bajé con él los veinte escalones de una bodega del siglo XIII, donde el vino de la ribera se criaba con un frescor de tumba episcopal. Llenó el jarro y subimos a su casa, que tenía una solana sobre los álamos del huerto. Estaba allí, haciendo punto de medias—cosa inútil, porque llevaban cuarenta años muertas las piernas que habían de calzarlas—la madre del castellano, joven de noventa años que se dejó besar la mano como una princesa. Bebió el vino con nosotros, mandó sacar chorizos duros, que tenían dentro el mismo frescor del vino. Y a última hora, muy contenta, dijo a su nieto, un capitán de nuestra guerra que estaba pasando las vacaciones, que sacara coñac—coñac de la ribera del Duero—de 1849. Bebió ella una gota y dijo que aquel licor estuvo en las bodas de su abuela, que «tocaba al alma» y que si alguien bebiera una copa de un trago, se caería muerto al suelo en el acto y sin remedio.

Luego el castellano me enseñó el sable auténtico del cura Merino, con sangre vieja, «de verdad», en la hoja templada en Toledo en 1801. Y, en fin, la señora anciana obligó a su nieta, que era un primor de ojos azules, a que se vistiera el traje burgalés de raso negro y el refajo de lana dorada y quiso que diera unas volandas con mucho recato y moderación en la brisa del atardecer. La muchacha lo hizo por obediencia, porque iba muy enamorada de otro, que estaba estudiando para Correos.

Me dieron hospitalidad hasta que cayó la noche, ni un minuto más. Fuí a dormir a la posada, sobre un lecho de albardas, adonde me llegaba el ruido lento de las mulas que masticaban la cebada del pienso. Y mientras pensaba entre mis oraciones que los murciélagos irían a aquella hora por las preciosas ataujías de las alcobas del duque, abierta al raso por la ruina, y el castellano de la bicicleta dormiría su honesto vino junto a la alcoba donde su hija soñaba, me dormí con desconsuelo.

El alma entera de los pueblos de España está clamando por sus señores a conciencia de que no pueden volver. Cuando Fernández de Navarrete, en los años del 1600, recomendaba que para la salvación de la Patria tenían los marqueses que volver a ser guardianes de las marcas y castellanos de sus fortalezas, ya no tenía remedio la cosa.

Antes que los lugares, las villas y las pequeñas ciudades de España sean centros de vida plena, tiene que haber una transformación casi geológica de la entera vitalidad española. Pero hasta entonces, ese tedio sutil, esa violencia sorda, esa pasión amarilla que vetea de vez en cuando la mirada de las mujeres con el pañuelo negro atado bajo la barba, no son sino el luto por los señores que están más que muertos ausentes por la Eternidad.

